

Rocío Rueda

# L a boca del infierno



A punto de llegar la medianoche, el hombre, que escondía su rostro bajo una capa negra, aceleró el paso para llegar a un enorme macizo de piedra. La luna estaba oculta bajo un espeso manto de nubes y una densa capa de niebla comenzaba a cubrir la ladera. Pero él no necesitaba ver por dónde caminaba, conocía perfectamente cada palmo de aquel lugar y eso le permitía prescindir del fuego de las antorchas para moverse con libertad por aquellos parajes.

Una vez llegó a la roca, descubrió su rostro antes de apoyar sus manos sobre ella. No podía flaquear. Debía mantener el valor necesario para cumplir con su deber. No en vano, había acudido a aquel mismo lugar todos los días durante los últimos veinticinco años, ya que era el sitio

donde el destino hizo que su vida cambiara para siempre.

—Mi señor. —La voz de un muchacho que acababa de llegar al lugar consiguió sobresaltarlo—. Todo está preparado —añadió el joven.

Sin decir una sola palabra, el misterioso hombre colocó de nuevo la capucha sobre su cabeza y caminó junto al joven fraile que había acudido en su busca.

—¿Estáis seguro de que tiene que ser esta noche? —se atrevió a decir el clérigo, consciente de que una noche así solo podía traer malos presagios. Aunque intentaba conservar la calma, su mano derecha, que sostenía la antorcha, empezó a temblar. La niebla parecía querer ocultar la noche y arrebatarse el valor necesario para cumplir la misión que le había sido confiada.

—Ten fe, amigo —respondió el hombre mientras apoyaba su mano en el hombro derecho del joven para infundirle ánimo—. Todo acabará hoy —aseguró.

Después de dejar atrás la espesura del bosque, llegaron a una pequeña puerta de hierro oculta tras

unos matorrales. El muchacho, la única persona a la que había confiado la existencia de aquella entrada secreta, se apresuró a abrirla. Una vez dentro, una corriente de aire frío recorrió aquel estrecho pasadizo y apagó la tea del asustado joven. El hombre, lejos de preocuparse, mostró más determinación que nunca. A medida que recorrían aquel laberinto de pasillos, pudo notar cómo la respiración del muchacho se volvía más rápida y agitada, y no dudó en recordarle una vez más el valor que había mostrado hasta ese momento. Aquel joven, de tan solo veinte años, había sido el portador del máspreciado secreto que alguien pudiera imaginar. Cuando aquel interminable pasillo dio paso a una enorme galería, la luz de las antorchas iluminó nuevamente su camino y el chico recuperó el valor que lo había acompañado durante los últimos meses.

Después de cumplir las últimas instrucciones, el misterioso hombre lo miró directamente a los ojos. Aunque no dijo ni una sola palabra, intentó hacerle comprender lo importante que había sido su labor en todo aquel asunto. Luego, el joven salió de la cámara con la absoluta certeza de que todo lo

que le había sido revelado permanecería vivo en su memoria para siempre.

Una vez solo, se dispuso a finalizar la última parte de la misión encomendada. Después de tantos años de espera, estaba preparado para cumplir su destino.